



ALBERTO DE AGOSTINI

TREINTA AÑOS EN
Tierra del Fuego

EDICIÓN DE EUSER

CAPÍTULO II

LA CORDILLERA DE LA TIERRA DEL FUEGO

Configuración de la Cordillera de la Tierra del Fuego - Glaciares al nivel del mar - Causas del fenómeno glacial - Escaso conocimiento del interior de la Cordillera - Posición y dirección de los principales sistemas montañosos de la Tierra del Fuego - Constitución geológica - Minerales y descubrimiento del petróleo - Belleza e imponencia del paisaje de la Cordillera - El monte Sarmiento - Descripciones entusiastas que han hecho algunos viajeros - Primeras tentativas de ascensión realizadas por el Dr. Lovisato y por Sir Martin Conway.

LA gigantesca Cordillera de los Andes queda bruscamente truncada, en su límite austral, por el Estrecho de Magallanes, que como una enorme hendidura, separa del continente al archipiélago de la Tierra del Fuego. Al sur del estrecho vuelve la cordillera a tomar su carácter elevado y montañoso, dando lugar en las islas Desolación, Santa Inés, Clarence y Dawson, a numerosas cadenas de montañas, con elevaciones poco superiores a mil metros, revestidas en parte de campos de nieve y de glaciares. Pero, en un punto de la vertiente occidental de la isla propiamente denominada Tierra del Fuego, asume la Cordillera de los Andes su verdadera mole gigantesca, con un complejo grupo de montañas cuyos picos alcanzan alturas de hasta 2.300 a 2.400 metros y conservan una altitud media de 1.500 metros.

Este importante sistema orográfico, limitado al sur por el canal Beagle y al norte por el seno del Almirantazgo, mide una longitud de 100 kilómetros desde el fiordo Contraalmirante Martínez, a levante del monte Sarmiento, hasta el valle Yendegaia, que delimita la vertiente oriental del monte Bove.

Un inmenso campo de hielo y de nieve cubre las altas cuencas,

envuelve las lomas, sube hasta las cumbres, y desciende después a la profundidad de los valles hasta alcanzar las aguas del mar, semejando los festones de una inmensa y blanquísima alfombra.

Las dos vertientes ofrecen un aspecto bien distinto. La que desciende al canal Beagle es muy escarpada y abrupta y no posee grandes ensenadas; la vertiente boreal bañada por las aguas del canal Magdalena y el seno del Almirantazgo, está, por el contrario, cortada por largos y estrechos brazos de mar, que penetran hasta el corazón de la Cordillera y forman grandiosos y pintorescos fiordos, los más amplios y hermosos de la Tierra del Fuego.

Terminan en estos maravillosos fiordos y se precipitan en las aguas del mar, gran número de heleros, muy superiores por su mole y extensión a los del canal Beagle, pues teniendo su campo de alimentación en la lejana cadena de los montes Darwin, que se levanta inmediata a aquél, se benefician de las precipitaciones nevadas de una zona muy ancha y de pendiente más suave.

La existencia de estos glaciares que descienden hasta el mar es por demás característica en la Cordillera de la Tierra del Fuego, si se tiene en cuenta la baja latitud en que se encuentran y la poca elevación de las montañas en que se originan. No es, empero, carácter exclusivo de las montañas fueguinas, pues en toda la costa occidental de la Patagonia, que se extiende al norte por mil doscientos kilómetros, hay inmensos ríos de hielo que sumergen sus extremidades en las aguas del mar. A la verdad, en ninguna parte del hemisferio boreal se encuentran, a esas latitudes, glaciares tan vastos y que lleguen hasta el mar con sus imponentes frentes, de las cuales se desprenden los témpanos, que dan la ilusión de regiones polares. El extraordinario desarrollo de los glaciares en la Cordillera austral es debido esencialmente a la elevada nebulosidad que reduce las temperaturas estivales y, por consiguiente, también la fusión del hielo y de la nieve, y a la excepcional abundancia de las precipitaciones, traídas por los vientos constantes del oeste, que condensan sobre la muralla andina la humedad procedente del Pacífico.

No es de creer, empero, que la existencia de estos inmensos glaciares vuelva la temperatura excesivamente fría e impida el desarrollo de la vegetación arbórea, como lo demuestran claramente los bosques de hayas y magnolias que crecen en forma verdaderamente exuberante sobre las morenas que flanquean estas enormes masas de hielo.

La zona montañosa de la Tierra del Fuego ha permanecido hasta ahora completamente desconocida e inexplorada en su interior; tan sólo alguno que otro hidrógrafo, se ha preocupado por darnos a

conocer algunas de las principales cadenas y aquellas cumbres más notables que, por su situación junto a la costa, por su visibilidad a grande distancia o por su forma característica, servían como de atalayas o faros para la navegación.

Otros exploradores, a su paso por los canales, hicieron algunas tentativas de exploración por el interior de la Cordillera; pero las dificultades que encontraron para penetrar en la región de los glaciares les hicieron pronto desistir de sus propósitos.

La dirección y desarrollo de este elevado sistema de montañas cubiertas de hielo nos lo señalan muy sumaria y fantásticamente las cartas hidrográficas inglesas, hechas a raíz de las exploraciones del capitán Fitz Roy y de sus oficiales: con el nombre de montañas Darwin se extienden a lo largo del brazo noroeste del canal Beagle y terminan con un elevado pico de más de dos mil metros que lleva el mismo nombre de la cadena.

Las otras cadenas de montañas que se dirigen a occidente de las Darwin hasta cerca del monte Sarmiento, cortadas en sus estribaciones por numerosas depresiones transversales, se ha comprobado que están divididas en dos secciones, después del descubrimiento del fiordo De Agostini, que corre por 18 millas paralelo a las mismas, de oeste a este, precisamente donde se creía que existiera el eje principal de la gran Cordillera.

El descubrimiento del fiordo Contraalmirante Martínez, que se realizó al mismo tiempo, demostró que el monte Sarmiento está aislado de la alta Cordillera y constituye un macizo aparte.

La expedición francesa de la *Romanche*, que se efectuó en 1882, determinó la posición y la altura del monte Francés, pico importante que se yergue al sudeste del monte Darwin, muy cerca del canal Beagle, en el punto en que éste se divide al encontrarse con la punta Divide, extremidad oriental de la isla Gordon.

A levante de los picos Francés y Bove bajan nuevamente las montañas, y conservando su complejo sistema, se extienden compactas y uniformes, separadas por estrechos valles longitudinales, con los nombres de sierras Valdivieso y Alvear hasta el monte Cornú, flanqueadas al sur por el canal Beagle y al norte por la alargada depresión del lago Fagnano.

El primer trecho de esta cadena de montes, llamada Sierra Valdivieso, está formada por un complejo sistema de montes cubiertos en gran parte de neveros y glaciares, que corren de oeste a este, divididos por estrechos valles, el mayor de los cuales es el valle Lapataia, que tiene su origen al este de los montes Dalla Vedova y termina en el canal Beagle.

La sierra Alvear, que sigue al ENE, se prolonga por unos 50

kilómetros, limitada al norte por el lago Fagnano y al sur por los valles Carbajal y Lasifashai y posee algunos lindos picachos, entre los cuales descuella el monte Alvear.

Estas cadenas de montes pierden altura más allá de Harbertón y van trasformándose en sierras de escasa elevación (500-800 metros) y mesetas que se levantan acá y allá en el interior y a lo largo del litoral hasta el estrecho Le Maire. Notamos entre las principales, las sierras Irigoyen, Lucio López y Sorondo con los montes Campana, Beccari y Tres Hermanos.

La constitución geológica de la Tierra del Fuego, se presenta, en su conjunto, idéntica a la de la Patagonia austral. Según los estudios geológicos empezados por Darwin y continuados después por Lovisato, Hyades, O. Nordenskjöld, Quensel, Bonarelli y últimamente por el finlandés Kranck, el Archipiélago de la Tierra del Fuego se puede subdividir en tres zonas principales, determinada cada una por particulares caracteres geológicos, que se suceden en fajas paralelas desde el sur y sudoeste hacia el norte y nordeste.

Al SO del archipiélago fueguino tenemos la zona costera y montañosa de las islas australes, que va desde el cabo Pilar hasta el cabo de Hornos. Esta zona está integrada por diversos tipos de rocas magmáticas granitoideas, entre las cuales predominan las dioritas cuarcíferas, que forman un solo cuerpo intrusivo en la continuación directa del gran batolito o serie de batolitos de la zona occidental de la Cordillera Patagónica.

Sigue al N y NE la zona central del sistema andino con sus contrafuertes orientales, formada por rocas esquistoso-cristalinas y rocas sedimentarias más o menos intensamente metamorfoseadas, de edad paleozoica, y especialmente mesozoica, que se prolongan en una faja bastante compacta y uniforme desde la isla Clarence hasta la isla de los Estados. Los terrenos más profundamente afectados por el metamorfismo son los que se extienden desde la isla Clarence al monte Sarmiento y a la Cordillera Darwin y se componen de rocas esquistoso-cristalinas, con predominio de micacitas, cuarcitas y filitas. En las demás zonas cordilleranas los sedimentos, poco o nada metamorfoseados, comprenden pizarras arcillosas y margosas, a veces carbonosas, rocas ígneas y areniscas que, en algunas partes, contienen fósiles tanto macroscópicos (ammonites, belemnites, braquiópodos) como microscópicos (foraminíferos y radiolarios). De acuerdo con los estudios de Bonarelli y de otros autores, pertenecen estos terrenos sedimentarios al Jurásico superior y Cretáceo. Al Cretáceo superior se refiere la faja exterior de la Cordillera, que corre desde la parte boreal de la isla Dawson hasta la

península Mitre, en la extremidad oriental de la Isla Grande, y que se compone de areniscas, conglomerados y pizarras arcillosas.

En la zona central de la Cordillera Darwin afloran, entre los esquistos metamórficos, algunos macizos graníticos que se reconocen fácilmente por las formas abruptas de sus relieves, que dominan sobre todos los demás picachos. Estas imponentes masas intrusivas, por hallarse en el interior de los grandes campos de nieve y de hielo que recubren la Cordillera Darwin, no han sido todavía exploradas y bien individualizadas, pero su existencia y naturaleza nos fue palpablemente demostrada por el examen de las muestras de rocas recogidas en las morenas de algunos glaciares y particularmente en el Marinelli.

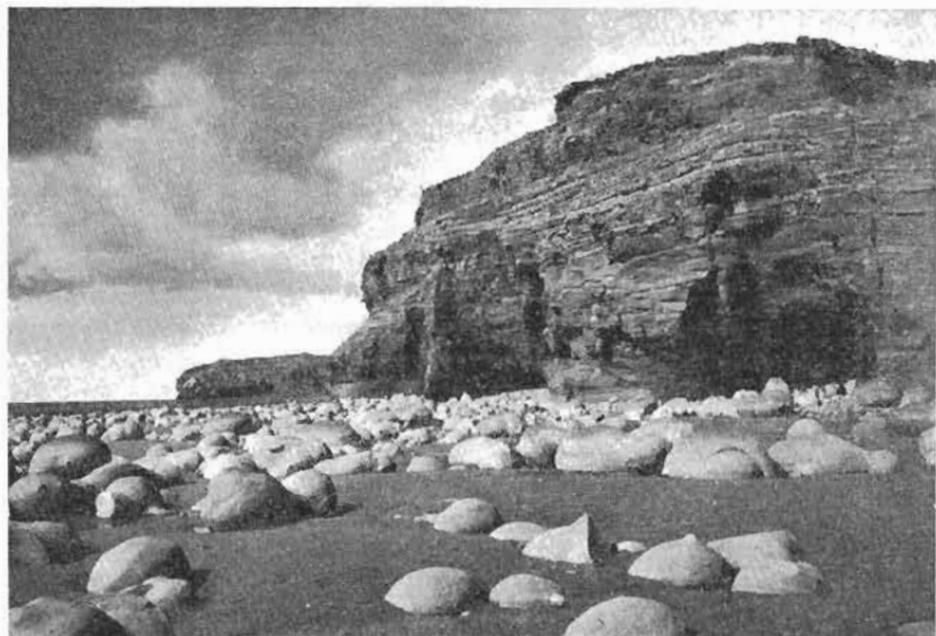
Al límite NE de la zona preandina afloran en muchas partes mantos de pórfido cuarcífero, que alternan con tobas y brechas eruptivas, de erupción submarina y referibles al Jurásico. Es ésta la llamada serie porfírica, que yace en discordancia sobre los esquistos metamórficos paleozoicos y forma, a su vez, la base de la cubierta sedimentaria meso-cenozoica, intensamente replegada por los movimientos erogenéticos del Terciario superior.

La tercera zona es la de las terrazas y mesetas sub y extraandinas, que se extienden entre el estrecho de Magallanes y el Atlántico y cuyo meollo está formado por sedimentos marinos del Terciario inferior-medio (Estratos de Boquerón y Estratos de Loreto o Magallanense, propiamente dicho). Esta zona está cubierta en gran parte por depósitos morénicos y fluvio-glaciales cuaternarios. Entre las Capas de Boquerón, llamadas también serie margosa inferior, y las de Loreto o Magallanense, denominada a su vez serie areniscosa superior, se encuentran, en la faja inmediata al estrecho y más al norte, numerosos mantos y lentejones de lignito, algunos de los cuales ya son explotados satisfactoriamente, como la mina Loreto cerca de la ciudad de Punta Arenas, y la mina Elena, al norte de la isla Riesco.

Los depósitos morénicos, compuestos de limo y cantos de toda forma y dimensiones y en parte pulidos y estriados, que cubren de un modo irregular el terreno, donde alternan lomas y depresiones, ocupadas algunas veces por lagos o estanques, fueron abandonados por el manto de hielo que durante las glaciaciones cuaternarias descendió desde la Cordillera y sumergió toda o casi toda la región extra-andina, hasta la costa atlántica.

El naturalista Darwin fue el primero que reconoció en estos sedimentos glaciales y en los bloques erráticos, observados a lo largo del estrecho de Magallanes, la acción de antiguos glaciares.

El geólogo Otto Nordenskjöld (1895-96) amplió estos estudios



Barranca costera constituida por estratos de marma y de nódulos de arenarias, pertenecientes al terciario marino magallanense

sobre las formaciones cuaternarias y trató de reconstruir las distintas fases de avance y retroceso de los glaciares plistocénicos de la Tierra del Fuego y zona magallánica. El mismo afirma que, en las épocas glaciales, la región magallánica ofrecía un aspecto parecido al que presenta hoy la Tierra de Graham o las Shetland Australes, a diez grados de latitud más al sur. Hacia el fin de aquella época, la región se hallaba unos cincuenta metros más baja que ahora, y en esas condiciones se formaron las arcillas y arenas que en muchos sitios cubren las capas de origen morénico. Existía, además, la comunicación entre Bahía Inútil y San Sebastián. Siguió luego un período más húmedo que el actual, y en él se formaron los hondos y curiosos valles que ocupan hasta el presente los arroyos, en general, de poca consideración.

El doctor Guido Bonarelli, algunos años después (1917), en una carta geológica propia y en la descripción que la completa, precisó el número y la extensión de las expansiones glaciales en Tierra del Fuego, y señaló la existencia de tres fases, en vez de dos, determinadas por tres cintas morénicas concéntricas, dispuestas trasversal-

mente en la parte oriental del Estrecho de Magallanes. Ulteriores y más detallados estudios fueron realizados sobre los depósitos glaciales de la Patagonia y Tierra del Fuego, por el geólogo sueco Carl Caldenius, en tanto que una expedición científica finlandesa, guiada por el doctor Väinö von Auer, se dedicaba al estudio de las turberas y de las oscilaciones climáticas de los tiempos posglaciales.

Poquísimas, son, en verdad, en el archipiélago de la Tierra del Fuego, las huellas de la actividad volcánica que hacia el final del Terciario y en el Cuaternario se manifestó tan imponente a lo largo de la Cordillera de la América meridional, y hacia el exterior de la misma hasta la zona entre el Estrecho de Magallanes y el valle del río Gallegos.

El múltiple despedazamiento de la Tierra del Fuego por su lado SO no se debe atribuir a la naturaleza volcánica del suelo, ni a movimientos telúricos, como algunos creen, pues, según hemos mencionado ya, la estructura geológica de la Tierra del Fuego y del archipiélago fueguino tiene caracteres bien distintos.

Ello se debe a la intensa erosión glacial, que ahondó hasta debajo del nivel del océano los angostos valles que surcaban el macizo andino, los cuales, después de la disipación del manto de hielo, se trasformaron en fiordos y ensenadas marinas, desmembrando el macizo andino en un enjambre de islas y penínsulas.

En base a los conocimientos fitogeográficos y ecológicos que se poseen del archipiélago fueguino, éste se puede subdividir en cuatro zonas principales, tres de las cuales se suceden de sudeste a nordeste, en sentido horizontal, y conservan relación inmediata con la estructura del subsuelo y las condiciones climatológicas; la cuarta representa la región superior o "alpina" y se extiende en la parte elevada de la primera y de la segunda zona, más arriba de los 500 metros.

Empezando por el lado sudeste del archipiélago, tenemos la zona donde domina el bosque siempreverde, delimitado a la cinta costera y cordillerana, extremadamente húmeda por las abundantes lluvias y formada geológicamente por la grande batolite diorítica y por las rocas cristalinas esquistosas del Paleozoico y Mesozoico.

Sigue en el versante nordeste, o sea en la región subandina, la zona o dominio del bosque de las hojas caducas, la cual reviste las últimas ondulaciones cretáceo-terciarias, con clima variable y estaciones bien definidas. Limítrofe al Atlántico, se extiende la tercera zona, esteparia, con predominio de la vegetación xerófila, la cual comprende las mesetas constituidas por terrenos terciarios, las terrazas de origen fluvio-glacial, las depresiones intermorénicas y las que se deben a la erosión pos-glacial.

En toda la Tierra del Fuego existen grandes yacimientos de

turba que ya fueron observados y descritos por Darwin. El geólogo italiano Guido Bonarelli, que en 1916 visitó muchas partes de la región fueguina para determinar las zonas de turbas explotables por cuenta del Gobierno argentino, después de haber cumplido un estudio esmerado sobre los factores locales y regionales que han permitido y favorecido la formación, como la estructura geológica, el clima y la flora, nos dejó un importante estudio sobre los diferentes tipos de turberas y sobre las fases de su formación.¹

Escasos son los conocimientos que tenemos sobre los minerales existentes en el archipiélago de la Tierra del Fuego, también porque hay todavía zonas del todo inexploradas. Entre los que actualmente se conocen, sobresalen por su importancia el oro, que se encuentra en terrenos aluvionales de origen glacial, en forma de pajillas y polvo finísimo, pocas veces en pepas; el cobre en pequeños filones, y el carbón en la zona boreal de la Isla Grande de Tierra del Fuego (Nose Peak, Río Cóndor, Río Santa María, Río Oscar y Río Oro).

Las fuertes emanaciones de gas observadas en algunas localidades hicieron suponer, desde tiempo atrás, que existiesen también yacimientos de petróleo; y en efecto: el geólogo Felsh, que en 1911 exploraba la región magallánica, confirmó la existencia de este combustible en las cercanías de Punta Arenas y en la región nordeste de la Isla Grande de Tierra del Fuego.

Solamente, empero, en 1928, cuando se efectuaron los primeros sondeos en el río Tres Brazos y en el río Tres Puentes, se pudo extraer el primer petróleo, pero en escasa cantidad beneficiosa.

En 1943 la "Corporación de Fomento de Chile" (CORFO) organizó un extenso programa para determinar definitivamente si en la provincia de Magallanes existía o no petróleo en cantidad comercial. A este fin firmó un contrato con la "United Geophysical Co.", la cual llamó a un grupo de geólogos y geofísicos norteamericanos, los cuales junto a los ingenieros chilenos llevaron a cabo una exploración sistemática de la provincia de Magallanes que fue coronada con el más lisonjero éxito.

Las perforaciones que se efectuaron en Springhill, en la zona norte de la Tierra del Fuego, dieron los primeros óptimos resultados y en el pozo de Manantiales, el 29 de diciembre de 1945, se

¹ Así escribe Bonarelli al referirse a los grandes yacimientos de turba en Tierra del Fuego: "Según cálculos aproximativos, no me parece arriesgado afirmar que en la parte argentina de dicha región y en la cercana a la isla de los Estados (superficie 22.000 Km.²), las turberas ocupan por lo menos unos 500 Km.², o bien, 1/44 de dicha superficie".



Glaciar en el canal Beagle

encontró petróleo surgente de alta graduación a 2.258 metros. La formación productora encuéntrase en una arenisca que lleva el nombre de Manantiales, en la base de los estratos marinos del Cretácico, superpuesta a la serie porfírica del Jurásico. El petróleo es parafínico, liviano (peso específico 0,79 a 82) y libre de azufre.

Luego se perforaron 34 pozos más en el mismo anticlinal, 17 de los cuales resultaron productivos. En el año 1948 se amplió el campo de las exploraciones hacia el NNE de Manantiales abriendo pozos en Espora y Angostura, algunos de los cuales dieron 90 barriles por día. Los resultados más favorables, hasta el presente, se obtuvieron en 1950 y comprenden el campo de Victoria, al sur de Chañarcillo, habiéndose encontrado las areniscas de Manantiales entre 2.283 y 2.315 metros. Se construyeron en este campo diez pozos de los cuales cinco con petróleo surgente, cuya producción diaria asciende a 310 metros cúbicos.

Las exploraciones avanzaron en seguida más al este con resultados aun más sorprendentes. El pozo Sombrero I alcanzó el hori-

zonte petrolífero a 2.271 m. y resultó el mejor pozo de la provincia con una producción diaria de 103 metros cúbicos. Junto con otros dos pozos, sucesivamente abiertos, la producción de esta zona alcanza a 200 metros cúbicos por día.

En febrero de 1950 fue inaugurado un oleoducto de 68 kilómetros, de Manantiales a caleta Clarenia, sobre el Estrecho de Magallanes, construido por técnicos italianos y obreros chilenos, y fue realizado el primer embarque de petróleo crudo vendido al Uruguay, que lo transporta a Montevideo en barcos de su propiedad.

Con el fin de proveer a la provincia de Magallanes de gasolina, petróleo diesel y kerosene, la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) ha construido en la zona de los yacimientos petrolíferos de Manantiales una planta de gasolina y refinadora de petróleo, la cual produce 800.000 metros cúbicos de gas por día y 63 metros cúbicos de bencina, respectivamente, suficientes para abastecer las necesidades de la población.

La producción total de petróleo crudo sacado en Tierra del Fuego en 1951 fue de 120.000 metros cúbicos.

También la Argentina, que desde 1907 ha descubierto los ricos yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia, empezó con buen éxito las perforaciones en la Patagonia y Tierra del Fuego.² En 1948

² La existencia de estos ricos depósitos de carbón fósil y de petróleo en la Patagonia y Tierra del Fuego había sido ya revelada por San Juan Bosco en un sueño o visión sobrenatural que tuvo el 30 de agosto de 1883. En ese sueño, relatado a los salesianos del Capítulo General y transcrito por el historiador de la Congregación salesiana, Don Lemoyne, Don Bosco tuvo una completa y detallada visión de toda la América meridional, desde Cartagena en Colombia, hasta Punta Arenas, sobre el Estrecho de Magallanes.

Desenvolviendo una cinta que le presentó un jovencito de sobrehumana belleza, sobre la cual estaban marcados los grados de latitud, Don Bosco contemplaba un panorama inmenso que él dominaba como a vuelo de pájaro, a medida que se acercaba al sur. "Mi mirada — dijo — adquirió un poder maravilloso. Veía bosques, montañas, llanuras, ríos larguísimo y majestuosos que yo no me hubiera podido imaginar así en regiones tan alejadas de su desembocadura. No sólo veía la Cordillera aun cuando me encontraba lejos de ella, sino las cadenas de montañas aisladas en aquellas llanuras interminables eran perfectamente observadas por mí hasta en sus pequeños accidentes. Tenía bajo mis ojos riquezas incomparables de estos países que deben ser aún descubiertas. Veía numerosas minas de metales preciosos, canteras inagotables de carbón, depósitos de petróleo tan abundantes cual nunca hasta hoy se han encontrado en estos lugares..." Y así, de estado en estado, viajando en un tren, alcanzaron el Estrecho de Magallanes. Bajaron a Punta Arenas. El suelo por largos kilómetros estaba atestado de depósitos de carbón fósil, de montones inmensos de metal, parte en bruto y parte trabajado, largas hileras de mercaderías estaban en la vía. "Mi amigo señaló estas cosas. Entonces le pregunté: «y ahora ¿qué quiere decir esto?». Me contestó: «lo que es ahora un proyecto, un día será realidad»."

Yacimientos Petrolíferos Fiscales (Y.P.F.) efectuó en las cercanías de Río Grande la perforación de algunos pozos que dieron buenos resultados.

Si la estructura interna de la Tierra del Fuego ofrece al geólogo vasto e interesante campo de observación y de estudio, no menor atractivo tienen para el andinista las majestuosas cadenas de montes y los abruptos picos que se levantan a lo largo de su vertiente austral, entre el canal Beagle y la ensenada del Almirantazgo.

Los que no están muy familiarizados con la montaña podrán pensar tal vez que las altas cumbres de Tierra del Fuego, que apenas tienen dos mil metros de altura, no ofrecen la imponencia y majestad seductora de los colosos de los Alpes. Nada más lejos de la realidad.

Si consideramos, en efecto, que las más elevadas montañas de los Alpes, lo mismo que en otras regiones de la tierra, no se levantan de un solo golpe a nuestra vista, sino que tienen como pedestales altos valles y mesetas que insensiblemente van descendiendo hasta el llano, comprenderemos qué excepcional magnificencia ofrecen los montes de la Tierra del Fuego, los cuales surgen sorpresivamente de las aguas del mar y se elevan de un solo golpe ante los ojos del viajero en toda su imponente altura.

Mas aún he valorado esta emoción cuando, algunos años después de mis viajes por Tierra del Fuego, pude ver de cerca el monte Aconcagua que, no obstante sus 7.000 metros, no me produjo mayor impresión, comparándola con la que experimenté entre asombro y pavor, cuando vi por primera vez frente a frente la soberbia pirámide del monte Sarmiento. Síguese de aquí que la grandeza de las líneas, cuando son demasiado extensas, monótonas, pobres de detalles interesantes, atenúa la majestad y la belleza del conjunto, pues no pudiéndola abarcar el ojo de una sola mirada, quedan débilmente impresionadas las facultades estéticas.

Los montes de la Tierra del Fuego, no obstante su modesta elevación, poseen todas las cualidades de belleza y atractivo de las más excelsas cumbres, realzadas por el marco de la salvaje virginidad de sus florestas y con el embeleso de su cielo encantador.

El más notable de estos montes por elevación y majestuosidad, es el monte Sarmiento³, el soberano de aquellas frías regiones.

³ Pedro Sarmiento de Gamboa llamó a este monte Volcán Nevado, tal vez porque, desde lejos, aparece como un volcán, aunque en realidad no lo es. Así lo llama también Antonio de Córdoba, el cual dice que "es un monte altísimo todo cubierto de nieve, que sólo se ve cuando está claro el cielo, lo cual sucede pocas veces, y entonces presenta dos puntas." Fue el capitán King quien lo denominó monte Sarmiento, para perpetuar la memoria del ilustre navegante español.

Su ubicación inmediata a la costa del canal Magdalena, en la que domina por encima de las otras cadenas de montes que bordean el canal, lo hace visible en un radio de cien millas y atrae irresistiblemente la estupefacta mirada del viajero.

Desgraciadamente no siempre puede verse del todo, pues su cumbre se encuentra casi constantemente velada por densas neblinas. Pero, si el viajero tiene la suerte de recorrer este encantador canal en un día sereno — *rara avis* — llevará consigo una impresión indeleble de este espectáculo como uno de los más emocionantes recuerdos de su vida. Cuantos tuvieron esta dicha, le reservan las más entusiastas descripciones.

Carlos Darwin lo llama "el más sublime espectáculo de la Tierra del Fuego". M. John Ball, famoso alpinista que lo vió descubierto desde el cabo Froward, en el Estrecho de Magallanes, se considera dichoso por haber podido disfrutar "de una de las más impresionantes escenas que su memoria recuerde".

Sir Martín Conway, otro famoso alpinista, que intentó su subida en 1898, contemplaba a sus pies un ocaso tan maravilloso y fantástico al mismo tiempo que las cumbres se despojaban de nubes, que aquélla se le figuró "una aparición mágica y terrorífica".

He aquí cómo refiere Santiago Bove la impresión que recibió al ver por primera vez el monte Sarmiento: "Mientras bordeábamos los pies del monte no se apartaban nuestros ojos de los densos nubarrones que aprisionaban la excelsa montaña. Y perdíamos ya la esperanza de verla, cuando desgarró la niebla una violenta racha de viento, y primero asomó su aguda cumbre, luego poco a poco los inmensos glaciares que roen sus laderas y sus pies, hasta que se nos apareció la montaña en toda su grandeza. He asistido a muchos espectáculos alpinos y he leído descripciones de entusiastas alpinistas; pero debo confesar que en ningún caso experimenté la impresión, mezclada de alegría, estupor, miedo y qué sé yo, que sentí ante el monte Sarmiento. Es muy poca cosa (2.404 m.) en comparación de las más altas cimas alpinas y andinas, pero tiene sobre ellas la ventaja de que surge como por ensalmo del mar, y presenta de golpe su imponente majestad al atónito marinero que navega a sus pies".

Este atrevimiento e imponencia de formas no podían menos que despertar en algún andinista el deseo de trepar a su cima y de saborear de cerca las maravillosas bellezas de aquellos eternos y fantásticos hielos.

El primer intento de ascensión lo hizo en mayo de 1881 el profesor Lovisato de la expedición italo-argentina al mando de Santiago Bove. Saliendo del fiordo Negri, en la vertiente sur del mon-

te, y superada la primera cresta "se encontró —como dice el mismo Bove— en un profundo depósito de nieve en el que se hundía hasta la cintura; y gracias a su habilidad de alpinista pudo librarse de aquel atolladero en que se había metido. No logró su intento, pero vio compensadas abundantemente sus fatigas con el soberbio panorama que se abrió ante sus ojos desde aquel observatorio tan a duras penas conquistado".

Un segundo intento más serio y con medios más aptos para alcanzar la meta, lo hizo en diciembre de 1898 el inglés Sir Martin Conway, en compañía del guía italiano Maquignaz de Valtournanche (Aosta).

Salieron de Punta Arenas en el vapor chileno Yáñez y anclaron a los pies del monte Sarmiento junto al glaciar del oeste por donde, al parecer, debía hacerse la ascensión. Pero al desaparecer la niebla, echaron de ver la imposibilidad de la subida a causa de las paredes de hielo cortadas a pique, y se corrieron algo más al oeste junto al glaciar que descende por la vertiente NNO del monte. Bajaron a tierra e hicieron el primer día un reconocimiento hasta casi los pies del helero para poder trazarse el itinerario de la ascensión.

Al día siguiente, 31 de diciembre, desembarcaban a las doce y cuarto de la madrugada en la playa que habían elegido y emprendían la subida. Habiendo extraviado el camino ya desde los primeros pasos, y perdida la esperanza de encontrarlo, tuvieron que luchar desesperadamente en la oscuridad de la noche para abrirse paso a través de la floresta virgen, lo que consiguieron a duras penas, y atravesando grandes pedregales llegaron a la falda herbosa del monte, superada la cual, siguieron una cresta que creyeron había de llevarles al punto deseado; pero al llegar a su cumbre, a unos mil metros, advirtieron con desconsuelo que aquella cresta no era sino una especie de acodo del Sarmiento en forma de monte arrimado a él y sólo separado por una profunda quebrada, cuya ladera acantilada bajaba a pique por más de cien metros. Imposibilitados de seguir adelante a causa de tan grave obstáculo y viendo además que se acercaba una fuerte tormenta, cuyos nubarrones oscurecieron de repente todo el horizonte, no tuvieron más remedio que volver atrás más que de prisa, y antes de llegar abajo se vieron sorprendidos por una lluvia torrencial. Aquel mismo día regresaron a Punta Arenas.